LA BÚSQUEDA DE UNA IDENTIDAD COLECTIVA.

Un recurso para empezar a comprender **lo que un pueblo entiende por su identidad**

podría ser recordar las variadas situaciones en que su búsqueda se le presenta como una

necesidad imperiosa. Una primera clase es la de **pueblos sometidos a una relación de**

**colonización, dependencia o marginación por otros países**. El país dominante otorga al

dominado un valor subordinado; construye entonces una imagen desvalorizada del otro.

La mirada ajena reduce el pueblo marginado a la figura que ella le concede. Muchos

miembros del pueblo dominado o marginal, que comparten la cultura del dominador y

pertenecen por lo general a las elites, no pueden menos que verse así mismos como el

dominador los mira. La imagen que se les presenta no coincide necesariamente con la

que, de hecho, tiene el dominador, sino con la que ellos creen que se mostraría si

asumieran la mirada del otro. Se ven así mismos marginados, dependientes,

insuficientes, como creen que se vería si tuvieran los ojos del otro. Esa imagen

generalmente se sobrepone a la que guardan de sí las capas sociales más inmunes a

asumir la cultura del dominador, pero se infiltra también en ella y la confunde. Se crea

así una **escisión** en la cultura del pueblo dominado, división entre el mundo indígena y

el de la cultura del dominador, con todos los matices intermedios; división también, en

el seno de la cultura de las elites, entre quienes pretenden identificarse con la imagen

que les presta el dominador, asimilándose al amo, y quienes no pueden aceptar esa

figura desvalorizada. Ante esa división , para mantener la unidad del grupo urge una

representación, en que todo miembro de éste pueda reconocerse, que integre la

multiplicidad de imágenes contrapuestas. La búsqueda de una identidad colectiva aspira

a la construcción imaginaria de una figura dibujada por nosotros mismos, que podamos

oponer a la mirada del otro.

La vía hacia la identidad reviste distintas formas según sea la situación de que parte.

**Las etnias minoritarias en el seno de una cultura nacional hegemónica** (comunidades

indias en América Latina, judías en Europa, por ejemplo**) o bien las nacionalidades**

**oprimidas en un país multinacional** (kurdos, chechenes, catalanes y tantos otros) se ven

impelidas a una **reacción defensiva**. La preservación de la propia identidad es un

elemento indispensable de la resistencia a ser absorbidos por la cultura dominante.

Tiene que presentarse bajo la forma de una reafirmación, a veces excesiva , de la propia

tradición cultural, de la lengua, de las costumbres y símbolos heredados. En la

persistencia de un pasado propio pretende un pueblo verse a sí mismo.

En cambio, la reacción tiene que ser diferente en las naciones independientes antes

colonizadas (en América Latina, África o la India) o bien en pueblos marginales

sometidos al impacto modernizador de la cultura occidental (como en varios países de

Asia y el Pacífico). En estos dos casos, **la cultura del dominador ya ha sido incorporada**

**en la nueva nación, al menos parcialmente; ya ha marcado profundamente la cultura**

**tradicional y ha sido adoptada por gran parte de las clases dirigentes**. A menudo se ha

fusionado con rasgos aborígenes y ha dado lugar a formas culturales mestizas. Es, sin

duda, el caso de los países de América Latina y de África del Norte y, en menor medida,

de algunos asiáticos: Japón, Tailandia, Filipinas. En estos casos, la búsqueda de la

propia identidad abre una alternativa. Una opción es el retorno a una tradición propia, el

repudio del cambio, el refugio en el **inmovilismo, la renovación de los valores antiguos,**

**el rechazo de la modernidad; es la solución de los movimientos integristas o**

**tradicionalistas**, La otra alternativa es la construcción de una **nueva representación de sí**

**mismo, en que pudiera integrarse lo que una comunidad ha sido con lo que proyecta ser**.

En este segundo caso, la elección de cambio exige, con mayor urgencia aún, la

definición de una identidad propia. En primera opción la imagen de sí mismo representa

un haber fijo, heredado de los antepasados, en la segunda, trata de descubrirse en una

nueva integración de lo que somos con lo que proyectamos ser. Una y otra opción

corresponden a dos vías diferentes de enfrentar el problema de la identidad, de las que

hablaré más adelante. Éste es el dilema que se ha presentado al pensamiento de las

naciones antes colonizadas, de África y América Latina; es el que desgarra actualmente

a los países árabes.

Sin embargo, la búsqueda de la identidad no está ligada necesariamente a situaciones

de colonización o dependencia. **También otras situaciones de disgregación social**

**pueden dar lugar a un sentimiento de crisis de identidad**. Puede tratarse del derrumbe de

una imagen idealizada de sí mismo que identificaba a la nación con un papel

privilegiado en la historia. La conciencia del fin de la España imperial, por ejemplo,

incitó a plantearse el problema de la decadencia española y el sentido de la hispanidad;

la Primera Guerra Mundial provocó en Alemania e Italia una crisis de su propia

identidad, que condujo al delirio de una nueva grandeza nacional. ¿Y no comenzaron

muchos estadounidenses a preguntarse por el sentido de su propia nación después del

desastre de la política imperial en Vietnam?

Hay otros casos más específicos; el de países marginales respecto de Occidente, que

forjaron un **proyecto de grandeza que entra en crisis**. Entonces pueden ser desgarrados

por dos posibilidades divergentes , que suponen representaciones distintas de sí mismos:

el de igualar a los países más poderosos, identificándose parcialmente con ellos, o el de

concentrarse en sus propios valores, renovando antiguas imágenes de sí para no perder

su alma. Fue el dilema de Rusia en el siglo XIX y el de Japón en el XX.

La búsqueda de la propia identidad se plantea, pues, en situaciones muy diversas. Sin

embargo, podríamos reconocer en todas ellas ciertos rasgos comunes. Intentaré

resumirlos.

1) En todos los casos**, se trata de oponer a la imagen desvalorizante con que nos**

**vemos al asumir el punto de vista de otro, una imagen compensatoria que nos**

**revalorice.** En los países dependientes o marginados, reacción frente a la mirada

atribuida al dominador; en las naciones en pérdida de su antiguo rol mundial, contra la

imagen de inferioridad con que temen ser vistas por cualquier otro país desde la escena

internacional. La representación revalorizada de sí puede seguir dos vías distintas:

acudir a **una tradición recuperada, a la invención de un nuevo destino imaginario a la**

**medida de un pasado glorioso**, lo cual es la opción de integrismos e imperialismos. Pero

puede seguir otra vía más auténtica: aceptar la situación vivida e integrarla en un nuevo

proyecto elegido. De cualquier modo, se trata de oponer un sí mismo a los múltiples

rostros que presentamos cuando nos vemos como nos verían los otros.

2) En todos los casos, **esa representación se sí mismo permite reemplazar la**

**disgregación de imágenes con que puede verse un pueblo, por una figura unitaria,** ya

sea al rechazar las otras imágenes por ajenas o al integrarlas en una sola.

3) **La representación de sí mismo intenta hacer consistente al pasado con un ideal**

**colectivo proyectado**. La identidad encontrada cumple una doble función: evitar la

ruptura en la historia, establecer una continuidad con la obra de los ancestros, asumir el

pasado al proyectarlo a un nuevo futuro. Al efectuar esa operación imaginaria, propone

valores como objetivos y otorga así un sentido a la marcha de una colectividad.

Las distintas respuestas al problema de la identidad pueden ser incorporadas en

ideologías, esto es, en sistemas de creencias que tienen por función reforzar el poder

político de un grupo dentro de la sociedad. Esta función es ambivalente. Por una parte,

responden a un movimiento de emancipación de los roles a los que los países

dominadores pretenden reducir a los dominados, negación a determinarse por la mirada

del otro; forman parte en esa medida, de un pensamiento de liberación. Por otro lado,

por cuanto logran una unidad interna en la sociedad y establecen ideales comunitarios,

pueden servir de instrumento al poder político para acallar divergencias en el interior y

justificar agresiones al exterior. Son parte entonces de una ideología de dominación.

Además, la representación de una identidad nacional o étnica puede ser no

compartida por todos, corresponder a un proyecto de un grupo particular dentro de la

sociedad y servir a sus intereses. De hecho, a menudo coexisten distintas nociones de la

identidad nacional en grupos sociales diferentes, que responden a intereses opuestos.

Dos imágenes de la propia identidad se opusieron con fuerza en la guerra civil entre las

dos Españas; Alemania y Japón fueron víctimas de una representación de sí mismos

que, al ser llevada al paroxismo de la dominación mundial, acalló otra búsqueda de una

identidad auténtica basada en la línea humanista de sus respectivas culturas; en Estados

Unidos no es fácil hacer coexistir la Norteamérica de la democracia y los derechos

humanos con la del destino manifiesto; en la América Latina una representación de la

nación, conservadora e hispanista, se opuso fuertemente, después de la independencia, a

otra liberal y mestizante; en los países árabes, en fin, se observa ahora el trágico

conflicto entre dos posibles figuras de la propia identidad: la del renovado

fundamentalismo islámico y la modernizadora y democrática: Por ello resulta tan

importante distinguir entre vías de acceso diferentes a la identidad colectiva.

Una última advertencia. Un sujeto social puede hacer suyas distintas identidades

colectivas, que corresponden a las diferentes colectividades –de mayor a menor

extensión- a las que pertenece. Hay identidades de grupo, de clase, de comarca, de

pertenencia religiosa, que pueden cruzarse con las de etnia y nacionalidad. En estas

mismas, un sujeto puede reconocerse en varias identidades, de distinta amplitud,

imbricadas unas en otras. En México puede verse así mismo como zapoteca, oaxaqueño,

mexicano y latinoamericano al mismo tiempo; en Estados Unidos, como irlandés,

neoyorkino y norteamericano, etc. Pero aquí prescindiré de esta complicación y sólo me

detendré en la búsqueda de la identidad nacional o étnica.

LA VIA DE LA SINGULARIDAD.

La representación que una colectividad tiene de sí misma no siempre se vuelve tema

de una reflexión expresa. Se manifiesta en los comportamientos colectivos, se transmite

en la educación, se difunde en los medios de comunicación, se discute en las

controversias políticas, se expresa en las obras culturales y en las formas de

convivencia, a menudo de manera implícita y poco consciente. Los poderes y las

ideologías políticas, para dar unidad a la comunidad y marcarle un sentido a su acción,

suelen hacer explícita una interpretación de la nación, que se manifiesta en imágenes

simbólicas y en narraciones sobre sus orígenes y metas. Son los dioses tutelares, los

héroes y patricios, los relatos fundadores, las gestas históricas; pueden ser también

ciertas instituciones políticas y ritos conmemorativos.

Sólo en situaciones críticas, como las que antes recordé, se cuestiona esa

representación. Se vuelve entonces un tema expreso de reflexión, en la literatura, en la

filosofía, en el pensamiento político. Fue tema de la literatura rusa, por ejemplo, en el

siglo pasado; de la reflexión española a partir de la Generación del 98; de la filosofía

latinoamericana en este siglo. Preguntémonos ahora por las modalidades teóricas que

puede tomar la investigación reflexiva sobre la identidad de un pueblo.

Suelen oscilar entre dos modelos opuestos, que suponen sendas concepciones de la

identidad. Claro está que entre ellos se da toda clase de confusiones y matices

intermedios. En ambos se trata de formar una imagen del pueblo con la que podamos

identificarnos, pero sus procedimientos son diferentes. En una vía, esa imagen

reproduce los rasgos singulares que nos caracterizan; la llamaremos vía de la

singularidad. En la otra, en cambio, la imagen de sí mismo es obra de un proyecto:

llamémosla vía de la autenticidad. En ambas trata de integrarse el pasado con el futuro

elegido, pero el énfasis es distinto: mientras la primera ve el futuro a la luz de la

historia, la segunda juzga la historia a partir de un futuro elegido.

Veamos la primera vía. Identificar a un pueblo sería distinguirlo frente a los demás.

Una cultura sería ella misma en la medida en que asuma como propias las notas que la

separan de cualquier otra. La identidad se encontraría al detectar los rasgos que

constituyen lo propio, lo peculiar e incomparable de una cultura. Se procederá por

detección de las características peculiares y exclusión de las comunes. Debajo de este

procedimiento intelectual descansa la idea simple, de que hablé al principio, según la

cual identificar un objeto es mostrar que es discernible de los demás. Esta idea está

implícita en todos los nacionalismos, tanto defensivos como agresivos. Las ideologías

nacionalistas incluyen la afirmación de sí mismo por oposición a lo común y la

valoración de lo propio por ser exclusivo.

La vía de la singularidad puede seguirse por varios caminos diferentes, que presentan

atajos intermedios. El más superficial: singularizar un pueblo por un conjunto de signos

exteriores. En efecto, una manera general de reconocer un objeto es encontrar en él

ciertos signos distintivos. Así como reconocemos un árbol por la forma de sus hojas o

un individuo por una cicatriz, podríamos identificar la pertenencia a un pueblo por

ciertos signos distintivos de su cultura. Pueden ser cutáneos o accidentales, como la

manera de hablar, las preferencias musicales o los gustos culinarios, que permiten

adjudicar una nacionalidad a quien da muestra de ellos. Puede tratarse también de

símbolos nacionales: la bandera, los iconos locales (patrióticos o religiosos), los héroes

colectivos, La identidad nacional se reduce a este conjunto de signos simples, que no

corresponden a ningún otro pueblo. Esa representación elemental basta, sin embargo,

para alimentar un nacionalismo popular y chocarrero.

Este camino puede bifurcarse en otro, más cultivado y circunspecto. El investigador,

por lo general un universitario, intenta retener en las obras culturales, las notas que

expresen una peculiaridad nacional. Trata de encontrar en las expresiones culturales

ciertos rasgos que pudieran verse como característicos de esa cultura, que se prolongan

desde un pasado histórico. Puede destacar, por ejemplo, expresiones del habla, gestos

habituales, entonaciones poéticas, comportamientos mágicos o religiosos, colores de

una paleta, ritmos o tonalidades musicales, cuya presencia situaría una obra o una

actividad humana como perteneciente a una cultura específica. La calidad o profundidad

de la obra pasa a segundo término, importa que exprese caracteres peculiares, en los que

pueda reconocerse el espíritu de un pueblo o una manera propia de ver el mundo. En el

peor de los casos, los rasgos distintivos pueden fijarse en estereotipos; en el mejor,

conducir a destacar el color local de las obras culturales, que nos permite comprenderlas

mejor. La investigación puede proseguirse de manera metódica, hasta revelar un

conjunto de creencias y actitudes colectivas, presupuestas en todas las demás, que

expresarían una manera específica de sentir y comprender el mundo en torno, una

"forma de ser" y un "estilo de vida"

Un camino diferente es más irracional... y más amenazante. No lo recorren ya

universitarios sino ideólogos fanáticos. Se trataría ahora de encontrar , como núcleo de

la nacionalidad o etnia, alguna nota esencial, es decir, permanente a través de todos los

cambios. ¿Qué puede ser más permanente que una propiedad que precede a la historia

misma, la raza, por ejemplo? El racismo ha sido, en el siglo XX, la respuesta más

siniestra al problema, legítimo, de la identidad nacional. Como alternativa acudamos, al

menos, a los elementos inscritos desde los orígenes en nuestra historia, que nos hicieron

distintos durante generaciones: el apego a la tierra de nuestros antepasados, la religión

heredada, el destino revelado en alguna gesta pasada. La tradición es la depositaria de

esas esencias nacionales. El nacionalismo chocarrero, el reflexivo y cultivado, el

inquisitivo y profundo, se transforman ahora en una afirmación de sí mismo excluyente

de los otros. Puede conducir entonces tanto a una huraña defensa frente al extraño,

como a la agresión y la intolerancia contra él. En todos los nacionalismos agresivos, en

los imperialismos –imaginarios o reales-, en los movimientos integristas de raíz

religiosa, podemos reconocer esta operación ideológica. Característica de todos ellos es

la identificación de la imagen de la nación con ciertas notas esenciales que nos separan

de los otros y garantizan nuestra propia excelencia.

Por distintos que sean estos caminos diferentes de **la vía de la singularidad**, todos

responden a una manera análoga de emprender la búsqueda de la identidad. Podemos

resumirla en los siguientes rasgos:

1) **La identidad se alcanzaría por abstracción**, esto es, por exclusión de las notas

comunes y detección de las singulares. La imagen en la que nos reconocemos se

identifica con esas notas particulares. Entre la singularidad de una cultura y su

universalidad es difícil la mediación. La dificultad de conciliar las características

peculiares de una cultura con su alcance universal es insoluble, mientras se conciba la

identidad cultural como singularidad exclusiva.

 En la filosofía mexicana reciente, el tema de la "identidad" nacional ha recibido un trato importante.

Está en el fono de la reflexión sobre el pensamiento mexicano o latinoamericano de Leopoldo Zea y sus

seguidores. En dos obras de otros autores puede verse un ejemplo de investigaciones exitosas sobre

"modos de ser" y "estilos de vida": Uranga y Portilla. Sobre esas reflexiones pueden verse mis

comentarios en Villoro 5.

2) **Si la identidad de un pueblo puede alcanzarse al detectar sus notas peculiares, ese**

**conjunto de notas tenderá a verse como un haber colectivo, transmitido por la educación**

**y la tradición cultural.** Lo que constituye el sí mismo de un pueblo le está dado, aunque

podría estar oculto; a nosotros corresponde descubrirlo.

3) Las características en que puede reconocerse la identidad de un pueblo

**permanecerían a través de los cambios**. Su presencia se hace patente en el pasado, son

parte de una herencia que si bien podemos acrecentar, no podemos derrochar sin

negarnos a nosotros mismos. La identidad nos mantiene bajo la voz del pasado.

4) **La voz del pasado no sólo hechiza, ordena.** Debemos fidelidad a nuestra historia.

El haber se transforma fácilmente en destino. La singularidad descubierta, el conjunto

de haberes con que nos identificamos debe ser resguardado de los otros. A las imágenes

que ellos nos envían, se sustituye ahora una figura ideal, fija, a la que todos debemos

conformarnos.

LA VIA DE LA AUTENTICIDAD.

Pero la búsqueda de la identidad colectiva puede seguir otro camino. Puede guiarse por

una noción de identidad distinta; en vez de la singularidad, la autenticidad. Veamos

ahora este segundo modelo.

En el lenguaje ordinario, solemos calificar de auténtica a una persona si: 1) las

intenciones que profesa, y, por ende, sus valoraciones son consistentes con sus

inclinaciones y deseos reales, y 2) sus comportamientos (incluidas sus expresiones

verbales) responden a sus intenciones, creencias y deseos efectivos. De manera análoga

podemos llamar auténtica a una cultura cuando está dirigida por proyectos que

responden a necesidades y deseos colectivos básicos y cuando expresa efectivamente

creencias, valoraciones y anhelos que comparten los miembros de esa cultura.

Lo contrario de una cultura auténtica es una cultura imitativa, que responde a

necesidades y proyectos propios de una situación ajena, distinta a la que vive un pueblo.

Por lo general, en las sociedades colonizadas o dependientes muchos grupos de la elite,

ligados a la metrópoli dominante, tienden a una cultura imitativa. Se crea así una

escisión en la cultura del país. Pero las formas importadas de los países dominantes

pueden dar lugar a una cultura imitativa, no por su origen externo, sino por no estar

adaptadas a las necesidades de una colectividad ni expresar sus deseos y proyectos

reales, sino sólo los de un pequeño grupo hegemónico. Tan inauténtica es una cultura

que reivindica un pasado propio, como la que repite formas culturales ajenas, si el

regreso al pasado no da una respuesta a las verdaderas necesidades y deseos colectivos,

en la situación que en este momento vive un pueblo. En los países antes colonizados,

tan inauténtico puede ser el retorno a formas de vida premodernas, por propias que sean,

pero que no responden a las necesidades actuales, como la reproducción irreflexiva de

actitudes y usos del antiguo colonizador.

Un pueblo empieza a reconocerse cuando descubre las creencias, actitudes y

proyectos básicos que prestan una unidad a sus diversas manifestaciones culturales y

dan respuesta a sus necesidades reales. La identidad de un pueblo no puede describirse,

por lo tanto, por las características que lo singularizan frente a los demás, sino por la

manera concreta como se expresan, en una situación dada, sus necesidades y deseos y

se manifiestan sus proyectos, sean estos exclusivos o no de ese pueblo. A la vía de la

abstracción se opone la de la concreción.

La identidad sería, en esta concepción, una representación imaginaria, propuesta a

una colectividad, de un ideal que podría satisfacer sus necesidades y deseos básicos. La

vía para encontrarla no sería el descubrimiento de una realidad propia escondida, sino la

asunción de ciertos valores coherentes con su realidad. La identidad no sería un dato,

sino un proyecto.

Las necesidades y deseos de un pueblo no son fijos, cambian con las situaciones

históricas. Cada situación plantea un nuevo desafío. La identidad de un pueblo

evoluciona y toma diversas formas a través de estos cambios. Comprende un proceso

complejo de identificaciones sucesivas. Tanto en los individuos como en las

colectividades, la identidad no se constituye por un movimiento de diferenciación de los

otros, sino por un proceso complejo de identificación con el otro y de separación de él.

El papel central que desempeña, en la formación de la personalidad, la identificación

con modelos ajenos es bien conocido. De manera parecida, en la constitución de la

identidad de un pueblo tienen un papel indispensable sus identificaciones sucesivas, en

el curso de la historia, con las formas de pensamiento y de vida de otros pueblos, sean

dominadores o dominados. La identidad nace de un proceso dinámico de

singularización frente al otro y de identificación con él.15

Habría pues, que distinguir entre imitación e identificación. Por imitación

reproducimos elementos de una cultura extraña, que no responden a nuestra situación y

que no se integran con los demás elementos de nuestra cultura. Por identificación, en

cambio, integramos en nuestra cultura elementos provenientes de fuera, que dan

respuesta a nuestras nuevas necesidades históricas y pueden satisfacer nuestros nuevos

deseos. La imitación forma parte de una cultura inauténtica, la identificación puede

consistir en una manera auténtica de abrirnos a formas culturales que respondan mejor a

situaciones históricas nuevas.

La concepción de la identidad como un conjunto de características particulares que

excluyen las de otras culturas se deja guiar por la imagen engañosa de la unicidad como

singularidad discernible de las demás. Pero la unicidad de una cultura consiste más bien

en la concretización, en una situación específica, de un complejo de características que

pueden ser comunes con otras culturas. Cada representación del mundo es única, pero

no por contener notas singulares y exclusivas, sino por integrar en una totalidad

específica características que pueden presentarse, de otra manera, en otras

configuraciones. Así, las mismas necesidades, deseos y aspiraciones pueden expresarse

en complejos culturales diferentes. De hecho, las manifestaciones culturales de los otros

pueblos son percibidas a menudo como posibilidades propias. Cada cultura es una

forma de vida que se ofrece como ejemplo a las demás.

Para ser auténtica una cultura debe responder a las necesidades colectivas reales.

Pero un pueblo no es una realidad dada una vez por todas, es una configuración

cambiante con las circunstancias. Una cultura auténtica debe responder en formas

15 Pierre Tap (p. 12) propone distinguir, en la formación de la identidad, entre identisation e identification.

La primera sería un proceso por el que un actor social trata de diferenciarse de los demás, al afirmarse a sí

mismo, separándose de ellos. La segunda se refiere a un proceso inverso, por el que un actor social trata

de fundirse en los otros.

renovadas a necesidades variables que exigen a menudo tareas insólitas. Cada nueva

situación lanza un desafío: conformar a otras necesidades los valores de una cultura;

formular, por lo tanto, otros proyectos. No hay imagen fija de una colectividad que

pudiera conformarse a las rupturas de la historia.

Por otra parte, la representación de sí mismo, que puede ofrecer unidad a la

multiplicidad de una cultura, puede cambiar según la mirada de quienes la interrogan.

Tanto en los logros culturales como en los episodios históricos de un país, somos

nosotros quienes debemos elegir las características que recoja la imagen en la cual

reconocernos. El descubrimiento de lo que fuimos está guiado por la proyección de lo

que queremos ser. Si la identidad de un pueblo no es una realidad oculta que descubrir,

sino una figura que dibujar, su búsqueda obliga a la selección del pasado, para asumir

de él los rasgos consistentes con nuestro proyecto y rechazar los que se le opongan. En

cada situación elegimos un pasado propio y nos deshacemos de otro. La identidad

permite dar una continuidad a la historia, al prestarle un sentido. Para ellos tiene que

hacer coherente el pasado con nuestras metas actuales. Así, la tradición presenta el

rostro que nuestro proyecto dibuja en ella. Mientras la vía de la singularidad concibe el

pasado como una realidad que se nos impone, la búsqueda de la autenticidad ve en él un

anuncio de los ideales que abrazamos. La gesta del pasado con la que identifiquemos

dependerá de lo que propongamos para nuestro país. Porque la identidad de un pueblo

nunca le está dada; debe, en todo momento, ser reconstruida; no la encontramos, la

forjamos.

Llega a ser tú mismo es el llamado de la identidad. ¿Cómo entender este mandato

paradójico? El sí mismo no es sólo lo que se es, sino lo que se ha de llegar a ser. Y es

auténtico si no se engaña, es decir, si responde a sus deseos profundos y obedece a sus

ideales de vida. Ser uno mismo no es descubrir una realidad oculta en nosotros, sino ser

fiel a una representación en que nuestros proyectos integran nuestros deseos y actitudes

reales. Un pueblo llega a ser él mismo cuando se conforma libremente a un ideal que

responde a sus necesidades y deseos actuales.

La búsqueda de la identidad puede seguir dos vías divergentes. La primera nos

permite, en el sentimiento de nuestra singularidad, preservarnos de los otros. La

seguridad de compartir una herencia puede liberarnos de la angustia de tener que

elegirnos. Podemos entonces estar tranquilos: un pueblo debe ser lo que siempre ha

sido.

La otra vía nos enfrenta a nuestras necesidades y deseos, nos abre así a la

inseguridad, lote de todos los hombres. A nosotros incumbe dibujar el rostro en el que

podamos reconocernos, pues un pueblo debe llegar a ser lo que ha elegido.

Tópicos para la reflexión

Villoro, Luis. Estado plural, pluralidad de culturas. Ed.

Paidos, UNAM, México, 1998, pp. 63-78

v ¿Cómo se define y se construye la identidad colectiva?

v Ejemplifica algunas situaciones que propicien la crisis de la identidad colectiva.

v Explicar los principales elementos que caracterizan a la vía de la singularidad.

v ¿Por qué la vía de la singularidad está representada en el racismo y el

nacionalismo?

v Explicar los principales elementos que caracterizan a la vía de la autenticidad.

v ¿Cómo y para qué preservar la identidad en una sociedad dinámica?